

AVA CLEYTON

EBRIAS  
DE AMOR

5

ANISI, LA LOCURA  
CON AMOR Y  
ANÍS SE CURA



Ana Isabel es asesora inmobiliaria. En el trabajo es muy profesional, aunque posee graciosas peculiaridades que la hacen única. Por ejemplo: le encanta su agenda de Penwoman y sus frases de ánimo *happy flowers* en la que marca las citas con sus clientes o con sus amigas con pegatinas de brillos y colores. Los jueves son para ellas, las que en el *grupi* de wasap se hacen llamar JB, donde es Anisi por su divertida manera de hablar con la i. Para colmo de la locura le entusiasma cantar, pero lo hace fatal.

Anisi está enamorada de Jorge Villalta, el atractivo, aunque serio, director de la sucursal bancaria que gestiona las hipotecas a sus clientes desde hace años.

Jorge es reservado, metódico y analítico. Un hombre que no cree en el amor y que piensa que puede controlar su vida como si de una cuenta de resultados se tratara. Una broma del destino hará que su mundo cuadrulado se curve de manera peligrosa.

¿Tendrá Anisi algo que ver con este desastre?

## Índice de contenido

Cubierta

Anisi, la locura con amor y anís se cura

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*A María y Jaime, de su mami*

## Prólogo

*De cuando Anisi conoció a las chicas, hace casi un año.*

Aquí estoy, a las puertas del teatro donde acabo de hacer el ridículo más espantoso de la historia. Y es que solo a mí, a Ana Isabel Domínguez, se me ocurre presentarme a una prueba de talentos para cantar. ¡En qué hora! Vale, me chifla cantar. Me lanzo a cualquier karaoke que me proponen. Por supuesto que canto en la ducha, canto cuando me pongo crema hidratante, cuando conduzco. ¡Hasta cuando bajo al súper! Pero de ahí a creer que lo hago *como una profesional* va un mundo: mi madre. Aunque ya soy mayorcita para seguir haciéndole caso, no sé de qué manera consigue convencerme ¡siempre! Los próximos que cumpla ¡cuarenta! Cambio de década. Y algún que otro tonto me dirá aquello de que a los cuarenta todo entra...

En fin. Lo de hoy ha sido vergonzoso. No solo me han cortado la canción a la mitad, que ya que empiezo la podía haber terminado. ¡Digo yo! Es que encima uno de los miembros del jurado, que tiene fama de borde y va de tipo duro por la vida, insensible, una de las estrellas de la cadena, me salta: *Ana Isabel te llamabas, ¿verdad? Verás. Creo que has venido aquí a tomarnos el pelo. No tenías otra cosa mejor que hacer. ¿Me equivoco? Y has pensado: Pues si hoy canta hasta el tato. ¿Por qué yo no?*

—¡Uy, para nada! —le contesté yo más nerviosa que cuando me saqué el carnet de conducir. Tan fuerte cogí el volante durante el examen que tuve los brazos agarrotados casi una semana—. Amo la música. Lo juro. Quizás me haya puesto un pelín histérica...

—¿Un pelín solo? Vaya, al menos eres optimista —intervino otro miembro del jurado, una humorista que a mí, personalmente, no me hace ninguna gracia.

—Anda. Mejor será que te dediques a hacer cualquier cosa menos esta. En serio. No pierdas el tiempo porque te aseguramos que no tienes talento.

La verdad es que me he escuchado y tampoco lo hago tan mal... ¡A ver! No me lanzo con Mónica Naranjo o algo de eso. Soy consciente de mis limitaciones. De las que se escucha siempre que puede. No solamente cuando canto. También cuando mando una nota de voz. Eso es *de chulas*, como dice Penwoman, mi *influencer* favorita. Eso y muchas otras cosas que me alegran la vida. Paqui —no le gusta que la llame *mamá*, y mucho menos *madre*—, opina que ya se me ha pasado el arroz para esas *tontás* y que parezco una adolescente con la agenda que llevo: la *Penagenda poderosa*. Una monada de tapas luminosas en tonos rosas con purpurina. Pero es que, cómo decirte, necesito algo en mi vida que la ilumine. Que abra mi bolso y me la encuentre ahí, esperándome, con sus pegatinas *cuquis* y sus mensajitos *happies*. Que bastante jodido es mi día a día como para apuntarlo todo, pachasco no iba a ser despistada, en una libreta gris, de tapas negras o granates. El rollo serio no me va. Por mucho que mi madre insista en que debería comprarme una agenda de piel, como *Dios manda*. Y ya de paso aprender a cocinar. Según ella, que parece de Tolosa, (to-lo-sabe, hija mía), el motivo por el que sigo soltera —y *entera*, le contesto yo mientras le guiño un ojo— es porque no sé ni freír un huevo. Pues sí. Tan avanzada con el empeño de llamarla por su nombre y tan tradicional para otras cuestiones. Ni canto bien, ni cocino. Nadie es perfecto. No

sé hacer estas cosas ni muchas otras. Pero hablo por los codos. Y eso es una virtud, ¿o tampoco?

Al salir de la audición llamé a mi madre y le dije:

—Bueno, que sepas que los del jurado me han puesto a caer de un guindo. Tu hija no tiene oído. Espero que después de este episodio bochornoso me dejes tranquila. ¡Ay, Paqui! Si yo voy a seguir cantando. Pero no me vuelvas a pedir que me presente a ningún concurso más en la vida. Ha habido un momento en el que rezaba internamente para que apareciera Harry Potter con la capa de invisibilidad. ¡Te lo juro!

—¡Qué exagerada! ¿O sea que el hortera ese te ha dicho que no sabes cantar? No tiene ni idea. Pero tú ni caso, mi vida.

—¡Paqui!

—¿Qué? A ver si te piensas que los cuchufletas como él entienden de canto. No saben reconocer el talento. Ellos se lo pierden. Oye, escucha.

—Rapidito, *porfi*. Me voy pitando al *coworking* que tenemos fiesta de disfraces.

*Coworking*. Me costó un mes explicarle eso del *coworking*. Ella, evidentemente no lo llama así. «Cousítin», «el sitio tuyo», «trabajito» o «su despachito» si se cruza con alguna de sus vecinas que le preguntan por mí son sus maneras características de referirse al sitio que comparto con otros emprendedores, autónomos de toda la vida, en Móstoles, cerca de donde vivo. Es incapaz de asimilar el término y ni se molesta en aprenderlo. ¿*Pa qué?*, me pregunta.

—¿Una fiesta y de disfraces? ¡Ay, no me lo digas: has vendido un piso y lo vais a celebrar, ¿a qué sí?!

¡Qué mal rollo! Estos últimos meses, desde que acabó el verano más o menos, han sido desastrosos. No he cerrado ni una operación. Soy *freelance* inmobiliaria. Y estoy que me subo por las paredes. Como no venda algo este mes no sé qué narices le voy a contar a mi casera. Mi imaginación también tiene sus limitaciones. Paqui me dice que



no me preocupe. Es pensionista. Papá (a él nada de llamarle por su nombre, «moderneces de tu madre ni una», me decía medio serio, medio en broma) falleció hace unos años y ella cobra un buen dinerito. Pero no me apetece sangrarla más de lo necesario. Lo único que tiene que hacer ahora es disfrutar de su vejez. Lleva unos años que no para de viajar. También se ha apuntado a baile. Vamos, que tiene más vida social que yo.

—No precisamente. A este paso me veo echando currículums hasta para repartidora en motocicleta de comida a domicilio.

—Pues es un trabajo muy digno también. Hablando de comida, he preparado *tuppers* y pensaba llevártelos ahora. Que mañana, viernes, me voy a pasar el fin de semana fuera.

—Cómo no.

—Claro, cariño. A Valladolid. Si quieres me acerco a tu despachito. Te he hecho croquetas de mejillones, empanada de bonito y pollo en salsa.

Como para aprender a cocinar. ¿Pa qué?

—Una cosa: ni se te ocurra decir que llevas croquetas. O empanada o pollo en la bolsa, ¡que desaparece! Hoy la comida casera cotiza más que las acciones del Zara. Y lo del disfraz es por Halloween.

—Ah, *jalogüin*. Es verdad. Que he visto a los chiquillos vestidos de vampirillos al salir de casa. No me acordaba. Pero, entonces, ¿tú también te disfrazas? Ana, hija...

—¡Mamá, por Dios! No empieces otra vez con lo de que soy mayor para ciertas cosas. ¡Hoy no es el día, te lo aseguro!

—¡Que no me llames mamá, leñes!

Vale. No me la merezco. Lo sé. Seguro que piensas: «¡Qué cabrona, cómo trata a la pobre Paqui!». Pero os prometo que, como todas las madres, sabe sacarme de quicio cuando menos debe hacerlo. Que nunca es buen momen-

to, también. Pero es que ese era uno de esos días en los que piensas: «¿qué más me puede pasar?».

Así fue como me dirigí al *coworking* y nada más entrar me encontré con mi madre y su codiciada bolsa con *mi* mercancía. La invité a que se uniera a la fiesta pero al parecer había quedado para irse al bingo. Me había llevado el disfraz en una mochila y así no tendría que pasar por casa. Porque de hacerlo me hubiera tirado al sofá, hubiera abierto una lata de cerveza, una bolsa de patatas y otra de aceitunas rellenas. Y ya podría llamar el tío más bueno del mundo a mi puerta (estaba yo pensando en un actor potente pero aquí cada cual que elija a su sueño erótico favorito) que ni por esas me levantaba yo de mi sillón. Mucho menos tras el bochorno pasado cantando. O intentándolo.

Cuando mi madre se marchó, escondí *mi tesoro* en mi taquilla y fui al baño. Allí me cambié, me maquillé, me planté la peluca y me miré al espejo. Y oye, que estaba *tupendi* de Anabelle. ¿Sabéis quién es? La muñeca que lleva un vestido blanco con lazos rojos, trenzas y los ojos muy pintados. Pues estaba monísima. El vestido era demasiado pequeño. Pero como el disfraz incluía pololos, me los puse también. Tengo unas piernas megalargas y, gracias a Dios, o a que la Paqui y mi padre estaban inspirados cuando me concibieron, la verdad es que creo que resulto bastante atractiva. De pequeña tenía el pelo muy rubio. Ahora las mechas me salvan la vida. Los ojos azules, como los de mi madre. Según ella soy clavadita a *la Camarón americana* (Cameron Díaz). En lo del canto no atina, a las pruebas me remito. En cuanto a mi aspecto sí. De hecho no es la única que opina que tengo cierto aire a la rubia de *Los Ángeles de Charlie* de hace unos años. De poco me sirve.

Llevaba ya un rato en la fiesta cuando apareció él. ¿Él? ¡Sí, mi hombre! En sueños, claro. A ver. Os explico: soy soltera. Entera no. Evidentemente. He tenido bastantes novios. Y sí. Con más de uno he mantenido una relación más o menos emocionante. Pero lo de comprometerme como

que no. Que ya va siendo hora, lo sé. Pero a veces pasa: conoces a muchos tíos y ninguno te completa. No encuentras a ninguno con el que te imaginas envejecer. ¿Os ocurre? Decidme que sí, *porfi*. Perdón. Otra cosa igual. A veces hablo con la i, cosa que a mi madre, cómo no, tampoco le convence. Me pregunto si algo de lo que hago o digo le parece adecuado a mi edad.

A lo que iba. Hasta ahora no había pensado en lo de envejecer. Ni tan siquiera sola. Pero desde que cumplí los treinta y cinco más o menos, cuando conocí a Jorge, — ¡qué casualidad, ¿no?!—, me venían *flashes* raros. Por ejemplo, veía alguna peli en la que la pareja salía recordando su juventud, tipo *El diario de Noah*, y pensaba en él. ¡Os lo prometo! Era increíble. Lo peor es que jamás he estado a solas con Jorge. Y eso que nos vemos prácticamente todas las semanas. Es el director del banco con el que más trabajo. Me habéis pillado: convengo a los clientes para sacar allí las hipotecas y así de paso verlo. Babear más bien. O tengo una excusa para llamarle.

¿Que cómo es Jorge? Pues venga, ya que vamos de actores y de actrices, os diré que Chus, al enseñarle su foto de perfil en WhatsApp comentó lo siguiente: «tiene un aire al chico que interpreta a Cristian Grey en la peli». Barbita arreglada, ojos marrones, pelo corto. Tere me sorprendió: «Impecable el tipo, con su corbata, su camisa blanca». O azul. Alguna vez le he visto con rayas. Pero las menos. Incluso en alguna ocasión, sobre todo para las firmas en el notario, ha usado tirantes. Romi alucinó: «Y yo que pensaba que esas cosas eran de abuelo». Vero se limitó a decir que era guapo. Pero Jorge además tiene el típico cuerpo que te apetece tener pegado a ti en todo momento. Vive en Getafe. Suele moverse en moto. Lo que daría yo por montar con él. Y en él.

Vamos, que si menciono a Jorge, con mucho gusto, por supuesto como siempre que le pienso, es porque aquella tarde se presentó allí, en la fiesta, sin previo aviso. No venía

disfrazado pero como si lo fuera: casco, mono de cuero a lo astronauta, botas de montar en moto. Era como si Marc Márquez versión buenorro acabara de venir del circuito de Cheste. Y no es que el piloto catalán no me parezca *moni*, que lo es. Pero es que mi director de banco es más de mi estilo. Y, lo más importante, los próximos que cumpla son cuarenta y dos. De mi quinta. Al verle me pasó lo que me ocurre siempre que le tengo delante: se me aceleraron hasta las orejas. Y entre eso y que ya me había tomado tres vasos de anís... ¿Anís? ¿Del Mono? ¡Exacto! ¿Pero quién narices bebe eso? Otra de mis peculiaridades. Me chifla esa bebida. Y qué casualidad que alguien se la había llevado a la fiesta y ahí estaba yo, más contenta que unas castañuelas, bailando y cantando, cómo no, para olvidar mis penas como cantante y vendedora cuando apareció.

—¡Hola, qué sorpresa! —grité.

Jorge me dio dos besos y sonrió. Estaba acostumbrado a verme en traje de chaqueta, tacón alto y camisas o blusas. No con un vestido dos tallas menos que la mía y unos pololos que dejaban a la vista la mitad de mis muslos.

—Hola, Ana. Sí, ya ves. Bueno, voy a ver a quién me encuentro por ahí. Pásalo bien, *guapi*.

—Vale.

¿Vale?

Fatal, lo reconozco. Es que Jorge me paraliza. No soy capaz de mantener una conversación fluida con él a no ser que esta vaya de préstamos hipotecarios, plusvalías o impuestos de transmisiones. ¡Qué horror! Y encima va y se burla de mi manera de hablar. Porque lo ha hecho, ¿o no? Pero como es tan serio no me he atrevido a invitarle a ¿un anís? Con él me entra tanto calor que no acierto a hacer otra cosa que, o bien, quedarme patidifusa, como si me hubieran dado un sartenazo en la cabeza, o bien todo lo contrario: hablar como una *tonti* y morirme de risa. ¡Qué malos son los nervios mal gestionados! ¿A que sí?

Me quedé hecha polvo. Ni que decir tiene que estuve mirándolo toda la tarde. Y creo que en alguna ocasión él también lo hizo. Pero mientras yo simulaba que me lo pasaba en grande con los del *coworking*, los que tienen los espacios más pegados al mío y con los que suelo relacionarme, él se entretenía con unos a los que conocía de vista. Eran unos chicos que por aquella época llevaban poco tiempo allí. Habían montado una empresa de eventos culturales y, aunque parezca increíble, por lo de la cultura me refiero, Jorge, mi Jorge, les había facilitado la financiación. Al parecer habían sido ellos los que le invitaron a la fiesta. Cuando se fue nos saludó a todos con la mano. Nada de acercarse a mí y darme otros dos besos. Y eso que Jorge es supereducado. Podría pensar que se comporta así porque tiene pareja. Pero no. Que yo sepa también está soltero. Supongo que habrá tenido sus historias. Pero es que conmigo siempre es tan correcto que a veces creo que le intimidó. Sí, porque mientras yo soy superextrovertida, él es todo lo contrario.

Cuando me disponía a irme a casa, no sin antes recoger la comida de mi Paqui, de bajón porque una vez más había desperdiciado la oportunidad de acercarme más a Jorge, sentí algo tibio que me caía por el cuello. ¡Qué asco, por Dios! Un tipo disfrazado de Drácula me acababa de vomitar encima. ¡Lo que me faltaba para rematar el día!

Cuando me di la vuelta le grité de todo menos bonito. Claro que entre el pedo que llevaba y la vomitona, no me hizo demasiado caso. Yo creo que no sabía lo que estaba pasando. Cuando me subí al coche rompí a llorar como una idiota. Y no suelo hacerlo, la verdad. Soy una persona muy positiva. Siempre alegre a la gente con mis ocurrencias porque considero que cualquier problema de la vida se puede superar con una sonrisa. Pero es que aquella noche me sentía totalmente hundida: me habían dicho a la cara que no valía para cantar. Vale, ya lo sabía. Pero que te lo suelten en un teatro con unas cien personas alrededor mirándote

como si fueras de otro planeta te hunde en la miseria más absoluta. Además, si no conseguía vender un piso pronto tendría que ir pensando en ganarme la vida de otra manera. Y lo peor de todo, si lo hacía, tal vez dejaría de ver asiduamente a Jorge. Que, aunque no me hiciera ni caso, solo mirarle firmar los préstamos me levantaba la moral.

Desesperada como me encontraba pensé que lo mejor sería pasarme por una tienda, comprar una botella de lo que fuera y llevármela a casa.

A día de hoy aún no comprendo cómo llegué al chino. Me pasé la salida, ya os dije que el *coworking* está al lado de donde vivo, y aparecí en la otra punta de la M40 como por arte de magia. Y allí estaban ellas, mis chicas. Las que al verme comprendieron, tras un pequeño rifirrafe con la última botella de vodka Ming que quedaba, que yo no estaba pasando por uno de mis mejores momentos. Así fue como aquella noche, aparte de compartir el vodka, acabamos con las croquetas de mejillones, la empanada de bonito y el pollo en salsa.

Tal vez porque no nos conocíamos de nada o porque yo necesitaba hablar. Yo estoy convencida de que la comida de mi Paqui me dio muchos puntos para entrar a formar parte del grupo JB. Y ya que mi bebida es el anís, a Tere se le ocurrió ponerme en el grupo como *Anisa*. Y Romi apuntó que le parecía muy gracioso lo de terminar algunas palabras con la i, por lo que me pegaría más Anisi. «¡Me encanta, *guapis!*», solté yo. Todas nos echamos a reír.

El caso es que desde esa noche nos hemos vuelto inseparables. Y mi vida social está casi tan animada como la de mi madre.

# Capítulo 1

## *E*l del jacuzzi

—¿Ana? Hola, buenos días.

Jorge Villalta solía ser muy organizado en lo referente a su trabajo. Aquella mañana de junio no tenía previsto llamar a Ana Isabel Domínguez. De hecho sí que la tenía apuntada en su agenda, pero para el viernes porque habían quedado para firmar una operación hipotecaria. Sin embargo aquel lunes tenía un motivo de peso para hacerlo: Joaquín y Ramona, un matrimonio cliente del banco desde hacía muchos años le había preguntado por un piso. Al parecer era para su hija mayor, que acababa de divorciarse y trabajaba en una consultoría en Toledo. Por motivos de trabajo no podía ir a verlo. Lo había seleccionado en un portal de internet y antes de ponerse en contacto con la agente que lo llevaba, les pidió a sus padres que preguntaran a Jorge, al que también conocía, para que les informara del asunto.

Y qué casualidad que el piso en cuestión, un dúplex de 103 metros cuadrados, con piscina, plaza de garaje y trastero situado en una de las zonas nuevas de Parla, en la conocida como *Parla Oeste*, lo llevaba ella. Su sonrisa en la parte superior derecha del anuncio le había llamado la atención antes de la primera foto del salón comedor con vistas al parque. Ana era la alegría personificada. Confiaba en